

GABRIEL URIBE CARREÑO

LOS FUSILES DEL SOCORRO

Novela

A mis hijos Lenin Gabriel y Leonardo Xavier

© Gabriel Uribe Carreño, 2009

I

LOS HURACANES DEL CARIBE

-¿Cien fusiles? -se extrañó Westinghouse, el conocido comerciante de Kingston.

Desde el momento en que los vio entrar en su negocio, imaginó que iba a tener líos con ese par de desconocidos. Escurrían agua por todo el cuerpo, como si hubieran permanecido a la intemperie desde la noche anterior y trataban de explicarle algo sin lograrlo, hasta que el vendedor cayó en la cuenta de que lo que hablaban no era inglés. Los dos hombres hacían señas mientras hablaban tratando de hacerse entender. Escuchándolos entonces con más atención el vendedor se dio cuenta de que se expresaban en un castellano puro, matizado con locuciones antiguas, y se dirigió a ellos en el poco español que sabía.

-¿Qué se les ofrece, señores?

-Cien fusiles.

El tendero recordó nítidamente como si lo estuviera leyendo el aviso puesto en la puerta de su negocio. Era un aviso en el que ninguno de los habitantes de Kingston se fijaba ya, aunque todos eran conscientes de la incongruencia que rezaba: "WESTINGHOUSE'S ARMS". Por primera vez tuvo plena conciencia de qué era lo que traía a ese par de desconocidos hasta su

comercio. En sus orígenes, cincuenta años atrás, cuando Westinghouse puso el aviso, su negocio era una venta autorizada de armas. Pero los tiempos habían cambiado. Vender armas ahora estaba prohibido. Sin embargo, el aviso seguía en su puesto.

No se equivocaron de local, pensó el tendero, pero se equivocaron de tiempo. Era verdad que la venta de armas hoy día no significaba un buen negocio para nadie. En su mayor parte ese tipo de comercio era asunto de las autoridades, que hacían jugosos contratos so capa de ayuda a países indefensos, a causas remotas, a revueltas justificadas; pero era también tráfico propio de los contrabandistas, únicos que obraban sin cuidarse de obedecer a ninguna ley ni de seguir los dictámenes de ninguna época. Westinghouse, en cambio, se consideraba a sí mismo hombre respetuoso de las leyes, por eso a pesar de lo que rezaba su aviso ya no vendía armas, o sólo, pero eso muy de vez en cuando, se encargaba de alguna transacción a medias secreta a medias lícita, de poca monta, un par de escopetas de caza, por ejemplo. En cuanto a cambiar el aviso, nunca lo consideró necesario. Su negocio era ante todo la ferretería al detall. Y a pesar del supuesto desacato que el anuncio podía representar, las autoridades jamás lo molestaron.

-Cien fusiles -repitió uno de los hombres.

Westinghouse trató de deshacerse de ellos a las buenas.

-Creí que venían a comprar clavos -les dijo.

No era una broma. Los habitantes de Jamaica no podían olvidar el terrible temblor que destruyó Kingston hacía apenas unos años, en los últimos días del siglo anterior, afortunado siglo XVIII, ni olvidar los pavorosos incendios que le sucedieron. En pocas horas un furioso cataclismo devastó la isla, borrando poblaciones enteras del mapa. Por añadidura, al fuego había sucedido el agua y fue así como cuando las gentes se creían llegadas ya al término de la más dura prueba experimentada en la isla, se desató un viento huracanado acompañado de lluvias torrenciales. De manera que después de la inenarrable zozobra la isla, como nave azotada, hizo su entrada en este siglo XIX en que se vivía cubierta de sobrecolectoras ruinas. Kingston no quedó en esos días sino como una urbe raquítica de construcciones calcinadas. Las calles estaban

completamente anegadas, formando un barrizal de pozos inmundos. Y así siguió, por años, empantanada hasta el hueso de sus fundaciones, con charcos espesos de barro en lugar de calles y muñones carbonizados donde antes hubo bellas construcciones. Aún hoy día, en este febrero de 1811, como debieron notarlo los dos recién llegados, pensó Westinghouse, las miasmas de tantas aguas estancadas formaban un vaho deletéreo que se extendía desde las afueras hasta el centro de la ciudad.

Pero de todos modos algo había cambiado, pues los jamaquinos, que no se dejaron nunca vencer por la fatalidad, se lanzaron desde los primeros días a la reconstrucción con una fuerza renovada. Las más bellas casas aparecieron entonces. Un espíritu de libre empresa impulsaba a todos. Fue una época de rápido progreso que fascinaba a cuantos venían a la isla, aunque a sus habitantes en el fondo del alma les quedara el pavor. Y a la ciudad sus vahos inmundos. Lo primero que hacías los visitantes al desembarcar era sacar su pañuelo.

-Creí que venían a comprar clavos.

Tan asustados quedaron los pobladores de Jamaica que años después del cataclismo el mínimo viento llevaba a las gentes a tomar pueriles y supersticiosas precauciones. Esa misma semana, por ejemplo, el vendedor Westinghouse lo había comprobado. Había llovido, aunque a intervalos, como de costumbre en la isla, y como de costumbre el agua venía acompañada de ráfagas de viento, no un viento enfurecido sino esta vez apenas un poco más fuerte que el habitual. Esa semana, en consecuencia, se vendieron más clavos que durante los últimos diez años. La gente no hallaba cómo sellar, obstruir, remachar hasta el más mínimo resquicio de puertas y ventanas.

-Creí que venían a comprar clavos.

-No, señor: fusiles.

-Yo no vendo armas.

Westinghouse, parapetado tras su mostrador, los escrutaba fríamente. Parecía la sombra china de un fusil desusado. Era un hombre flaco, con unos brazos larguísimos, que en lugar de

pantalones llevaba una especie de overol de dril oscuro sostenido por un par de tiras cruzadas en la espalda y abotonadas sobre el pecho. Daba la impresión no de estar al vestido sino con una ropa que no le pertenecía o que aun siendo suya era de otra época, prendas aparentemente no sólo más viejas que él sino más largas y demasiado anchas para su propia talla. Quizá por eso mismo no demostraba la edad real que tenía: más de setenta años.

-Eso fue lo que creí, que venían a comprar clavos.

-Cien fusiles -dijo el más joven de los forasteros, mirando al vendedor sin pestañear al mismo tiempo que componía el número 100 con los dedos.

Westinghouse esta vez no contestó. Se limitó a darles la espalda. Y los dos hombres se fueron. Pero volvieron al otro día. Había escampado y ahora llevaban su ropa seca. Demasiado seca, casi tiesa. También, como se dio cuenta el tendero, habían cambiado de táctica. Ya no se decían interesados en comprar armas sino en encontrar a un tal "Macliar". Le mostraron unos pagarés, poniéndolos sobre el mostrador mientras decían que querían hacer efectivos esos papeles recibidos años atrás, para respaldar una venta a crédito, precisaban. El tendero leyó con atención y les corrigió la pronunciación del nombre del signatario: "MacLear".

-Eso, "Macliar" -dijo de nuevo erradamente el más joven de los forasteros.

Westinghouse alzó los hombros, resignado, pero esta vez les prestó más atención. Los dos hombres hablaban casi al tiempo, a veces hasta se quitaban la palabra mientras el tendero no dejaba de observarlos con una acuidad acerada, estudiando sus actitudes, tratando de adivinar no sólo qué eran ese par de extranjeros sino a qué habían venido realmente. Los miraba como si fueran mercancías, como los midiera a ojo, tratando de descubrir la provisión de buena o de mala suerte que estos tipos pudieran acarrearle.

Pero los hombres hablaban con la inocencia desprevenida de quien ningún propósito oculto lleva. Westinghouse, siempre supersticioso, no pudo dejar de recordar que días antes de la catástrofe terrible del siglo pasado, habían visto en la ciudad un forastero que no tenía aspecto de

marino ni de comerciante ni de cultivador de caña ni de nada. Todos se pusieron de acuerdo después del cataclismo para decir que había sido él quien les trajera la desgracia.

-MacLear -volvió a corregir el tendero.

Sólo en ese instante lo descubría: igual que el hombre de años atrás que trajo la desgracia, estos forasteros no tenían el aire de ser marinos, ni comerciantes, ni cultivadores de caña ni nada. Westinghouse pensó: "Si la gente los ve como los estoy viendo en este momento, van a comenzar a cerrar postigos y a poner al abrigo sus cosas de valor".

-Si me hablan con calma -hizo el tendero alzando los brazos-. Puedo entender cualquier lengua, pero si me hablan con calma.

Le hablaron de la misma manera atropellada que lo habían venido haciendo pero ahora casi en voz baja. Westinghouse los oía con los ojos muy abiertos. Los dos hombres explicaron que habían buscado a "Macliar" por todas partes pero que no lo habían encontrado, y el vendedor les dijo entonces lo que pensaba francamente de ese MacLear: que a lo mejor no existía. Los dos hombres callaron, desconcertados. Pero luego de un instante de silencio absorto volvieron a hablar de los fusiles, y entonces Westinghouse los trató con la misma desconfianza del día anterior. De nada valió esta vez.

-Cien fusiles -seguían insistiendo los dos hombres.

Se empeñaban en hacerle ver la necesidad que tenían de esas armas, como si tal pudiera ser el mejor argumento en su favor. Sólo a eso habían venido desde su tierra hasta esta remota isla, decían. El vendedor, siempre imperturbable, notó que cuando era el joven quien hablaba intercalaba palabras que supuestamente debían de ser inglés. Westinghouse pasaba su mirada de uno al otro. Pero no se fijaba en el que hablaba, sino siempre en el otro, como si para él fuera más reveladora la manera como uno de ellos se callaba que la forma como su compañero insistía.

Sin abandonar su desconfianza en ningún momento ni dejar de observarlos, se decía Westinghouse -se lo decía sin pensarlo siquiera, de la misma manera que repetía para sí largos fragmentos de su Biblia-, que después de haber vivido aquel terrible cataclismo del siglo anterior, del que sólo por puro milagro la isla se había recobrado cuando volvieron a la paz sus elementos naturales, más valía estar a todo momento prevenido. Lo que disfrutaban ahora era una calma que no tenía precedentes y que, para felicidad de los jamaquinos, daba visos de continuar por muchos años. "Pero más vale estar prevenido." Lo mismo se decían todos los isleños. El terrible acontecimiento marcó tan profundamente el sentimiento de fatalidad de las gentes que a partir de entonces desconfiaban hasta de los más mínimos presagios, llegando incluso a temer por un simple cambio brusco de temperatura o por la estadía inexplicable de algún viajero en la isla. Ese era el caso con este par de forasteros, se decía el tendero.

Pensando siempre aunque en el fondo sin pensar en eso, Westinghouse los oía con un aire distraído, como con la atención puesta en otra cosa. Había algo que le incomodaba por encima de todo en este par de forasteros y era que a pesar de su idéntico aspecto de gente venida de afuera los dos hombres parecieran tan completamente distintos, pues uno era viejo y el otro joven, el primero un poco más alto y el segundo algo más grueso, y, para completar la disparidad de la pareja, el viejo parecía ser el padre del otro, pero en cambio el que debía de ser su hijo tenía el aire irreverente de un joven sin padre.

-¿De dónde vienen ustedes? -les espetó el tendero.

-De la Nueva Granada, señor.

Westinghouse arrugó el entrecejo y el forastero joven le ayudó a situar el lugar.

-El país empieza en el istmo de Panamá.

-¡Ah! Eso queda lejos.

Más valía hacer caso de los presagios, se dijo el vendedor. Y volvió a pensar en años atrás, cuando se habían sufrido daños irreparables que nadie podía olvidar, como la pérdida del dique natural de Montego Bay, en el norte, que desapareció en unos instantes como si una mano

colérica lo hubiera borrado para siempre de la geografía de la isla. La presencia de esos dos tipos era definitivamente de mal agüero. Westinghouse sacudió la cabeza, sus pelos ralos y canosos se erizaron.

-Si el viento continúa es mejor que compren clavos -insistió-, ustedes no saben lo que es un huracán en el Caribe.

Como se había propuesto fijarse más en sus maneras que en lo que decían, esperó la respuesta sin quitarles la vista, con una mano lista a abrir el cajón de los clavos. Pero los hombres después de cruzar entre ellos una mirada de incompreensión no dijeron nada más, se dispusieron a retirarse. El tendero los animó a irse haciéndoles un ademán de despedida. Al salir del negocio los dos parecían muy ofendidos. Van a volver de todos modos, pensó el tendero.

Varios días después, efectivamente, volvieron. Traían una actitud resuelta, muy seguros, aunque en la isla el aire había continuado, sólo que ahora soplaba un viento del sudeste. El joven se había provisionado de unas cuantas palabras más en inglés. Contaron que MacLear era un negociante. "Merchant, merchant", decía el joven, insistiendo. Trataban de contar con detalles. MacLear les había comprado mercancías y se las había pagado con esos documentos, y ponían de nuevo los papeles sobre el mostrador, papeles que ahora ellos querían hacer efectivos. Westinghouse les contestó con brusquedad que no conocía a ningún fabricante de armas con ese nombre, MacLear, y ellos, empantanados en su escaso vocabulario, terminaron por confundirse y se enredaron en la misma confusión del vendedor. Entonces empezaron a mezclar todo, hablando al tiempo del "merchant" que les firmó los papeles, el tal MacLear, y de las armas que necesitaban, un parque de fusiles que no podía en ningún caso ser inferior a cien, como si las dos fueran una sola y misma cosa.

Vieron que Westinghouse entendía cada vez menos. Trataron, por última vez, de explicar todo desde el comienzo. Habían venido a comprar armas, cien fusiles, señor, repitieron, y hablaron de nuevo de los pagarés de MacLear, que querían hacer efectivos para cancelar la compra de los fusiles, y hablaron de cosas que el tendero no entendió y que ellos mismos parecían no tener muy claras, de manera que al final Westinghouse, que se confundía cada vez

más pero que conservaba todos sus reflejos de buen tendero intactos, les dijo rotundamente que en su tienda se pagaba en efectivo y que si bien era cierto que no conocía ningún fusil de marca MacLear, en cambio les podía vender armas de cualquier otro tipo, siempre y cuando el negocio se hiciera de manera limpia, entre caballeros, con decencia pero -puso una cara que los espantó- en secreto. Les aconsejó, para terminar, con una seguridad de gran negociante, que si los fusiles que querían no los encontraban por mediación suya, que no buscarán más, pues fuera de su almacén no los conseguirían en ninguna parte.

-¿En ningún otro almacén de la isla?

-No sólo de la isla -repuso el vendedor con impaciencia contenida y una punta de orgullo-. No los van a encontrar en ninguna otra parte del mundo.

Se le había indispuerto momentáneamente el ánimo, debieron decirse los dos hombres. Se fueron. Y el vendedor recobró su calma habitual. Y esa tarde, cuando Dopson vino a cobrar la acostumbrada cuota semanal, encontró al tendero con mejor humor que nunca. Dopson transpiraba copiosamente, como si expulsara por los poros todo el calor de la tarde: se enjugaba el rostro con un pañuelo perfumado de batista. Westinghouse apenas lo había visto entrar sacó del cajón y puso sobre el mostrador varias monedas. Dopson se quedó mirándolas, contando mentalmente el dinero.

-Usted es uno de los pocos que no se deja atrasar -dijo, recogiendo el dinero de la cuota.

Westinghouse no tomó la frase como un cumplido. Cada vez más sus propios clientes le compraban a crédito, de manera que él, para poder surtirlos, tenía que a su vez recurrir a créditos que le permitieran abastecerse. Dopson era un banquero ambulante, en lugar de recibir a los clientes en su banco se desplazaba con dos maletas cargadas de dinero, cobrando aquí, prestando allá. Igual que para todos los comerciantes de la isla, Dopson para Westinghouse no era el amigo que lo saca de apuros sino un ave rapaz. Pero el tendero esta vez no le habló para nada de sus compromisos, en cambio le contó que unos extranjeros venidos directamente de la Nueva Granada andaban buscando un fusil de una marca que él no había oído mencionar nunca.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

